



# QUEHACER EDUCATIVO 169

Hagamos

escuelas

en

las

que

se

desee

estar

Abril / Mayo  
2022



ESTA PUBLICACIÓN LLEGA A USTED  
A TRAVÉS DE CORREO URUGUAYO



RED  
NACIONAL  
POSTAL

# Hagamos escuelas en las que se desee estar

**Mari Carmen Díez Navarro** | Maestra de Educación infantil. Psicopedagoga. Formadora. Escritora de libros pedagógicos y poéticos. España. [carmendiez.com](http://carmendiez.com)

**M**e preguntan qué sería adecuado que hicieran los niños y niñas de cero a seis años en la escuela infantil. Y para contestar a esta pregunta, he pensado hacer una visita a las aulas de mi escuela. Porque, aunque he estado trabajando muchos años y sé cómo son y qué necesitan los niños de estas primeras edades, no quiero simplemente recordar lo vivido, sino volver a mirar, a sentir, a reflexionar.

Para ello voy a entrar de puntillas en la escuela, y voy a oler a niño, a observar lo que ocurre, a escudriñar la cotidianidad, a disfrutar el aire de cada momento y a pensar de nuevo sobre todo ello. Necesito impregnarme de los ritmos, las palabras, los movimientos, las risas y los empujones de los niños. Necesito ver a los más pequeños rodar, gatear o hacer sus pinitos para ponerse de pie. Necesito escuchar sus balbuceos y verlos embobarse con sus manos, con las sombras, con los sonidos y con los labios de los demás. Necesito pisar tierra otra vez, volver a asombrarme, volver a admirar.

Reflexionar acerca de la primera infancia requiere partir de los propios niños, de sus necesidades, sus particularidades, sus circunstancias. Por eso es tan importante no perderlos de vista, porque si no, nos podemos confundir y creernos que son “otros”, que son distintos, que son más mayores de lo que son. Incluso podemos pensar que estamos hablando de “escolares”, de “alumnos” o de “estudiantes”, y no de esos pequeños en pleno crecimiento, impulso y explosión vital.

La división de la etapa “de cero a seis años” en dos partes: “0-3” y “3-6”, en aras de una supuesta eficacia, ha originado todo un fenómeno de aceleración en las propuestas educativas, de desconsideración de las necesidades reales de los niños chicos y hasta de olvido de la tarea principal en esta etapa, que es la de acompañarlos a construirse como personas. Se les pide que corran, que salten por encima de su inmadurez y su inexperiencia, que sobrevuelen la realidad. Y no se les da suficiente tiempo para lo que sería “hacer su vida”, o sea: curiosear, tocar, explorar, jugar, hablar, embobarse, escuchar cuentos...

Ahora todo el esfuerzo se pone en los aprendizajes, para que estén “bien preparados”. De tal modo que los dibujos de los niños de tres años ya no son pseudogarabatos, como correspondería, sino que se basan en colorear siluetas o reseguir puntitos con letras o números (aunque los niños no entiendan lo que están haciendo). Las clases de cuatro años están totalmente invadidas de los conceptos del currículo, y las producciones de los niños de cinco años son sobre todo escritura, sumas o restas. Hasta los espacios se parecen a veces a las clases de primaria.

Y lamentablemente, estas prisas que abundan en el “3-6”, se van contagiando al “0-3”, donde las maestras se ponen a “adelantar faena” llenando las paredes de las clases de letras vocales y donde se empuja a los niños a ser autónomos a base de puro adiestramiento, olvidando que ellos tienen otras muchas tareas importantes en las que ocuparse.

Han de solventar la añoranza que sienten al haber salido del hogar familiar, han de armar otros vínculos que los sostengan, han de habituarse a un lugar distinto a su casa, han de dejarse cuidar por otras personas. También han de encajar que la mirada de las maestras no será exclusivamente para ellos y que tienen que aceptar que no siempre podrán realizar de inmediato sus deseos. Además, claro, de tener que aprender a hablar, a controlar su cuerpo, a desplazarse, a comer y beber sin atragantarse, a probar alimentos variados, a masticar, a empezar a sensibilizarse con la belleza que aparece en los cuentos, en la naturaleza, en la música, en las personas, y a dar sentido a lo que les rodea. Muchas cosas para tan pocos años.

Por si faltaba algo, la industria editorial ha visto un buen negocio en estos niños pequeños y se ha dedicado a elaborar para ellos unas “fichas de trabajo” a todo color que, según prometen, trabajan con exhaustividad aquello que los niños, supuestamente, han de saber. En estas fichas está casi todo hecho, así que los niños solo han de añadir un gomet,

un caminito, o alguna cosa así, muy dirigida y sin lugar para la propia expresión. En ellas los que triunfan son los dibujos estereotipados que ya vienen impresos y convencen a los niños de que no pueden producir a su manera, porque no saben. Son propuestas en las que siempre se trabaja en plano y no en volumen como les correspondería a los pequeños, que lo que entienden y necesitan es tocar, explorar y sentir a manos llenas.

Al principio, las fichas eran para los niños de cuatro y cinco años, después las sacaron para los de tres, pero ahora ya hay fichas hasta para los niños de un año. Y lo que se propone en ellas son unas tareas tan imposibles e incomprendibles para los niños, que las que realmente las hacen son las maestras llevándoles la mano, o señalándoles dónde tocar, estampar o pegar lo que se les pide. Son tareas que a la larga restan seguridad a los pequeños y les quitan tiempo para sus verdaderas ocupaciones: la exploración libre, el juego, el movimiento, el lenguaje y el tomar conciencia de sí.

El período entre los cero y los tres años es un tiempo fundamental, de procesos, de recopilación de experiencias, de apropiación del lenguaje, de control corporal. Un tiempo de pasar de ser un bebé a ser un niño pequeño, de hacerse un imaginario propio, de jugar, de conocer y conocerse. Es un tiempo de plantarse en el mundo desde la fragilidad y la inmadurez de una cría desvalida, cuyos recorridos vitales no deben ignorarse, ni apremiarse. Y es que los niños 0-3 son pequeños.

El tramo entre los tres y los seis años es un momento de reconocimiento de la propia identidad y acercamiento a la de los demás, de iniciación a lo social, de descentración paulatina, de ejercicio de la autonomía, de apertura al saber, de ingreso en la cultura y la belleza, de disfrute al descubrir, de empezar a pensar, a argumentar, a relacionar, a comprender las normas y a producir creativamente. Y aunque los niños 3-6 sean un poco más grandecitos que los otros, también son pequeños.

¿Qué prisas nos corren? ¿Por qué los pensamos más grandes de lo que son? ¿Por qué este empeño en arrebatarnos su momento primitivo, narcisista y mágico, y transformarlos en escolares antes de hora? ¿Estamos haciendo una escuela que los acepta como son y que escucha sus necesidades reales, o una escuela que se mantiene sorda a las características de los niños pequeños? ¿Queremos lograr una escuela a la que los niños deseen ir o de la que deseen salir corriendo?

## Comienza el paseo

### En la clase de los bebés



Foto: Reme Picó

Huele a jabón de baño, a crema, a ropa limpia. Cuando entro, veo a los dos niños más pequeños del grupo balbuceando alegremente. Una nena de ocho meses juega sentada sobre una de las maestras, que le canta cancioncillas de falda: Cinco lobitos, Aserrín Aserrán... Varios niños reptan o gatean deteniéndose en cada juguete que ven. Hay un intrépido que prueba una y otra vez a levantarse aferrándose fuertemente a todo lo que puede, vigilado de cerca por otra maestra.

La pequeña que jugaba al Aserrín es depositada en el suelo ante una cesta llena de “tesoros” y la maestra le va diciendo el nombre de los objetos que coge: “Un limón, mira como huele; una llave, uy, qué fría está; unos

cascabeles, qué bonito suenan, tócalos tú”. A continuación, las maestras se dirigen a los niños uno a uno y están un ratito acompañando sus juegos, animándoles en sus proezas, poniendo palabras a sus aventuras, nombrándolos o haciéndoles mimos.

Después, una de ellas va a las hamacas y entra en conversación-gorjeo con los dos “pajarillos” que repiten su gu-gu-gú y su papa-pá, haciendo un diálogo en ese idioma entrañable del empezar. Luego se sienta en una sillita baja y se pone a cantar: “Estaba el señor Don Gato”. Al momento se le van acercando los exploradores, que la tocan, se ríen y se dejan acariciar por ella que continúa cantando. La otra maestra está pendiente de los dos más pequeños. Una mañana apacible, antes de prepararse para salir al patio. Hace sol.

### En la clase de uno a dos años



Foto: Reme Picó

Hay un silencio concentrado y tranquilo. Todos están atentos a su sentir mientras manejan la bola de arcilla que les han dado, y la van agujereando con los dedos y con macarrones. Unos agujerean, otros incrustan los macarrones, hay quienes mantienen dentro sus dedos un ratito. A algunos se les cae la baba de puro placer y puro ensimismamiento, y la gota húmeda enriquece al barro que la absorbe ante su sorpresa.

Una niña está apurada, por lo visto no encuentra agradable el tacto frío y viscoso del barro, y cuando lo toca, se aparta, poniendo mala cara y con escalofríos. La maestra intenta tranquilizarla, pero no le pide que vuelva a probar, solo se pone a manejar el barro ante ella para que vea que no pasa nada. Hay una música suave de fondo, pero que se oye excesivamente al estar los niños tan callados. Las maestras se miran, hacen un gesto como de molestia y deciden quitarla. Supongo que han valorado que es mejor escuchar los suspiros y los chasquidos de la lengua de los niños.

Todos están intensamente metidos en la exploración, menos la niña que no quiere tocar el barro, que está vaciando y llenando la cesta de naranjas que tienen en la clase. Es un bello momento que las maestras respetan, dándoles suficiente tiempo para salir de su concentración cuando ha de terminar la sesión. Entonces les invitan a lavarse las manos en unas cubetas con agua dispuestas en el patio pequeño contiguo a la clase, en las que chapotean un momento y luego se van al patio, relajados y contentos.

### En la clase de dos años

Hay un gran alboroto. Las maestras han instalado unas rampas con bancos y los niños están jugando a tirarse por ellas a modo de toboganes, a lanzar coches, pelotas y todo lo que encuentran. Las maestras están muy pendientes de cuidar que los niños no se caigan y no lancen los objetos con demasiada fuerza. Se escuchan risas, palabras y exclamaciones de placer.

- ¡Es un tobogán!
- Mi coche va muy deprisa.
- El camión corre más.
- Este coche no va.

Las maestras participan de la diversión y también verbalizan lo que va pasando. De pronto, uno de los niños, excitado por el movimiento y la alegría reinantes, lanza un coche por el aire y rápidamente es imitado por dos o tres niños más. Una de las maestras dice

con firmeza: “¡No, parad, así no tiréis, que nos podemos hacer daño!”. Y mientras señala el límite, va hacia los que tiraban las cosas y los toca. Observo que los toca con las manos abiertas, como diciéndoles: “¡Parad!”. Y ellos se paran. Los demás niños miran atentos la escena. Después, las maestras les avisan que pueden jugar un poco más con las rampas, pero con cuidado.

Cuando llega la hora de acabar, les piden que se sienten para escuchar un cuento. “Conviene que se calmen antes de ir al patio y el cuento les ayudará. Si salen así de alterados pueden caerse, tropezar y hasta ponerse otra vez a lanzar cosas por el aire”, me comenta una de las maestras. Ha sido una sesión enérgica, alegre y vital, muy conveniente para el momento movido y juguetón de estos niños.

### En la clase de tres años



Foto: Rene Picó

Han empezado el día con un encuentro en la alfombra. La maestra los saluda uno a uno y cantan unas canciones a modo de ritual de comienzo. Después, un niño va nombrando a los demás, mientras ella coloca los carteles con los nombres en un lado. Cuando acaban,

nombra a los que no han venido (con ayuda de los niños), y sitúa sus carteles en el otro lado. “Haciendo esto ellos saben que todos serán mirados y nombrados cada día, tanto si están, como si no. Y, de paso, van conociendo sus nombres y los de los compañeros”, me aclara la maestra. Después, el encargado sale al patio, mira el tiempo que hace y comunica a todos que hace calor.

La maestra les anuncia el plan que tienen para el día y seguidamente se van a la sala de psicomotricidad. Primero se sientan a lo largo de la pared y van saliendo en pequeños grupos a coger el material, que son telas grandes y cubos de espuma. “Esto lo hacemos así para evitar que se agolpen y choquen al coger el material. Son muy impulsivos y podrían hacerse daño si no pusiera yo un cierto orden. A esta edad son bravos y ligeros, se han dado cuenta de que no son ya tan pequeños y prueban su fuerza, su rapidez y su potencia de voz continuamente”, me comenta la maestra. “Podéis construir casas, cabañas, coches, o inventar el juego que queráis, lo único que no se puede hacer es dañar a los compañeros. Acordaos.”, les dice a los niños.

Un grupo de niñas se visten con las telas y caminan majestuosamente por la sala diciendo que son reinas. Unos niños se llenan la ropa de telas y dicen: “ahora somos gordos”. Hay varios que apilan cubos de espuma y los tapan con telas para hacerse casas, otros hacen una especie de plataforma, la tapan y se acuestan en ella, “es una cama muy grande”, otro grupo construye “un mar” con una tela azul.

Cuando queda poco para acabar, la maestra les avisa: “Tenemos que ir terminando y guardándolo todo”. Ellos siguen jugando. Lo repite dos veces más y pasa lo mismo. Entonces les dice: “Ya os he avisado tres veces”. Y entonces paran de jugar. Por lo visto, este aviso en tres tiempos es una costumbre, que surgió al ver cuánto les costaba hacer caso a la primera, me cuenta su maestra. Me

hace gracia esa complicidad transformada en norma, o esa norma vivida en complicidad. Después de recoger se van a clase a la carrera, pasan por el baño y salen al patio. Y nosotras detrás.

### La clase de cuatro años

Muestra un ambiente a un tiempo calmo y animado. Los niños entran, saludan, guardan el abrigo en su percha, se sientan, charlan con los compañeros. Los padres se van despidiendo. Cuando ya están la mayoría, la maestra les dice lo que hay previsto para el día, dentro del proyecto de trabajo que los niños propusieron sobre las libélulas. Lo va reflejando en la pizarra con unos sencillos pictogramas, que ordenarán la secuencia de tareas y que se irán tachando cuando sean realizadas las diversas actividades. El primer pictograma es un ojo, porque hay varias cosas que ver; el segundo, una boca para dar paso a los niños que quieren decir algo, ya sea noticia, sueño o comentario; el tercero es un libro, porque les va a leer trozos de los libros que ellos han aportado sobre el tema; el cuarto es un pincel, van a pintarse a sí mismos con alas grandes “como las libélulas”, según la propuesta que hizo una de las niñas. El quinto pictograma es un pequeño tobogán que simboliza el patio.

Una vez planificado el día, pasan a cumplir las rutinas propias de este grupo: miran en la lista quien será “el primerito” hoy. Le ha tocado a Aitana, que se ha puesto muy contenta. Mira qué tiempo hace y se lo dice al grupo. Durante el día repartirá los materiales y la merienda, hará los recados y, por supuesto, irá “la primerita” al salir o entrar a clase, al ir al comedor, etcétera.

A continuación “se cuentan las mesas”, lo que significa que los niños que están sentados en el extremo de cada una de las cinco mesas que hay en la clase, cuentan cuántos niños hay en su mesa y lo dicen en voz alta. La maestra dibuja rápidamente en la

pizarra un esquema con las mesas y pone el número de personas que hay en cada una de ellas. Lo hace de dos maneras: en forma de pequeños círculos, que representan las cabezas de los niños, y con números. Luego todos cuentan en voz alta el número total y la maestra anota cuántos niños han asistido ese día a clase, hoy han sido 23. “¿Falta alguien?”, pregunta entonces y varios contestan: “sí, faltan dos”. “¿Sabéis quiénes son?”. “Mi amiga Silvia”, dice Iker. “Y mi amigo Pablo”, dice Joaquín.

Una manera de controlar la asistencia que hace mirarse, contar y nombrar a los ausentes. Acabadas las costumbres, se inicia la tarea propiamente dicha. Como toca “mirar”, salen cuatro niños que tienen algo que enseñar a los demás. Lo que muestran es: Luis, unas zapatillas nuevas, que han demostrado que “corren bien” dando unas carreras por la clase, Sira enseña un cuento, Aitor unos guantes sin dedos y Manuel su corte de pelo, que ha provocado que todos lo miren y le canten: “La canción del peladito”: “Oye, peladito date la vuelta/ oye, peladito tócate un pie/ oye, peladito, toca el suelo/ oye, peladito, ¡siéntate!”, mientras él va representando las acciones correspondientes.

Aitana, “la primerita”, tacha el pictograma del ojo, porque ya se ha visto lo que se tenía que ver. Y entonces salen seis niños que tienen algo que decir, porque toca hablar. Unos cuentan noticias, otros ideas para el proyecto, una nena explica la pesadilla que ha tenido esta noche y pide que se anote en El libro de los sueños. Cuando acaba este punto se sientan todos en círculo y la maestra empieza a leerles lo que tenía preparado sobre las libélulas, que responde a una de las preguntas que los niños habían formulado en días anteriores: “¿Qué comen las libélulas?”.

Cuando descubren que las libélulas comen varias clases de animales pequeños y además con mucha voracidad, la maestra nota el asombro y el interés que esto produce en

los niños, y les propone representar una escena en la que un pez, un ratón y una mosca gorda son devorados por una libélula. Salen unos cuantos voluntarios a representar esos papeles, actuando con mucho acierto. Como la escena gusta al respetable público, se hace un bis en el que una nutrida familia de libélulas se zampan a toda clase de bichos: escarabajos, pájaros, peces, ratones, hormigas, etcétera. Y con este teatrillo semiimprovisado, acaba el rato de lectura. Aitana tacha el pictograma de leer, y reparte delantales para pintar y pinturas. Sus autorretratos con alas resultan expresivos y preciosos, y la maestra les dice, sonriente, que le da mucha alegría ver sus trabajos.

### La clase de cinco años parece que funciona sola

Los niños entran, saludan y se sientan eligiendo el sitio que prefieren. Cuando están casi todos, hacen una especie de entretenimiento colectivo, que consiste en sortear qué niño o niña de cada mesa saldrá a escribir una palabra en la pizarra. Cuando hay cinco palabras escritas (una por mesa), la maestra inventa un pequeño cuento que incluye esas palabras, y así empiezan la jornada. Los niños aún no saben leer, pero conocen cómo suenan las letras, los nombres de muchos compañeros, las palabras de la colección, etcétera. Y lo intentan con ahínco. Con frecuencia les hace falta ayuda, aunque la maestra tiene muy en cuenta el nivel de cada niño a la hora de pedirles que escriban algo, para evitar frustraciones desmedidas. Así que a uno le ha dicho que ponga simplemente “papá”, a otro su nombre: Iker, a otro le pide que ponga “castillo”, a otro “perro” y a otro “lagartija”. Y de ahí surge, para disfrute de todos, un cuento sencillo pero divertido, que les invita a seguir interesándose por las palabras.

Cuando esto acaba, la maestra pone la secuencia de actividades previstas para el día con pictogramas. Esta mañana toca hablar sobre el conflicto que ocurrió ayer tarde a la

hora de salir, dibujar la poesía que están leyendo esta semana (“Adelante, que baile el elefante”, de Nicolás Guillén), bailar al son de la música que ha traído Marina y luego salir al patio.

Cuando el día está organizado, una niña pide que se ponga el pictograma de “ver”, porque quiere enseñar un jersey que le han regalado sus abuelos. Eso hace recordar a dos niñas más que tienen cosas que enseñar, así que se añade esto al principio del menú del día y se empieza por ahí la actividad. Luego, “el primero”, que es Alberto, reparte las bandejas de pinturas y las cestas con telas, papeles, cartones, etc. por si alguien quiere enriquecer sus trabajos con otros materiales, y mientras las distribuye en las mesas informa que “hace sol, pero vienen nubes por el lado de las montañas”.

Se sientan en círculo y empiezan a comentar lo que pasó ayer. Primero hablan los dos niños que discutieron y después van interviniendo los demás. Parece que uno de ellos “le hizo envidia” al otro, diciéndole que iba a merendar en casa de un tercer compañero de la clase. Se lo dijo “presumiendo” y “chulamente”, decían. Y eso provocó que el “no invitado” se enfadara y le diera un empujón al provocador, que lo hizo caer. Tardan en aclarar la situación un buen rato y al final se concluye que hay actuaciones que no son pegar, pero vienen a ser como un ataque y que no se deben hacer, porque pueden molestar o hacer daño a otros. O sea, que el empujón no estuvo bien, pero “hacer envidia” tampoco.

Enseguida que han acabado, han dejado el círculo y han vuelto a las mesas, han recitado en grupos el poema que iban a ilustrar, que ya conocían muy bien, y se han puesto a dibujar. Marina ha propuesto poner su música mientras pintaban y así se ha hecho. Manu Chao suena agradablemente: “Me gustan los aviones, me gustas tú...”. Los que van terminando de dibujar, se ponen a bailar en el centro de la clase y yo con ellos.

Acabado el paseo, que ha durado varias mañanas, he vuelto a ver lo que ya sabía, pero necesitaba comprobar: que se puede estar en la escuela escuchando a los niños, teniendo en cuenta su momento evolutivo, dando paso al juego, al movimiento, a la exploración, a las sorpresas, a las palabras, a la relación con los otros, a las normas, al aprendizaje y al placer. Sin fichas y sin aburrimientos, sin agobios y sin despersonalización, sin prisas y sin adelantamientos indebidos.

Sé que si en vez de estar un rato por las mañanas, me hubiera quedado todo el día, habría visto muchas más cosas, habría notado los vínculos potentes y cariñosos entre cada maestra y los niños de su clase, entre los niños de cada grupo, entre los adultos y los pequeños de toda la escuela. Habría disfrutado del enorme patio lleno de árboles, cuando lo habitan los niños, con sus tejemanejes, sus traslados de tierra o agua, sus rincones, sus experimentos, sus escondrijos y sus secretos. Habría visto descubrimientos, propuestas, inventos, ilusiones, producciones maravillosas, visitas de las familias y probablemente también algunos desencuentros, frustraciones o conflictos a resolver. Habría sentido el batiburrillo emocional que se mueve cuando estamos juntas las personas y cómo los niños van aventurándose en él al sentirse mirados, escuchados y comprendidos por sus maestras, que son su punto de apoyo y referencia, sus dadoras de afecto y seguridad, sus acompañantes de vida.

¡Cómo me gustó ver a los niños en acción, escuchar sus voces, palpar su alegría de vivir! ¡Cómo me gustaron los cestos de naranjas y de tesoros, los cascabeles, la arcilla con baba dentro, las maestras cantando, los cuentos, el teatrillo de las libélulas, las poesías recitadas en grupo, las palabras escritas en la pizarra, las costumbres de cada clase, las rampas, las telas, los dibujos, las risas y los escalofríos!

Sin duda, esta es una escuela en la que se desea estar. 